

el duro estruendo de espantosa artilleria; acullà se disparavan infinitas escopetas; cerca casi sonavan las voces de los combatientes; lexos se reysteravan los Lelilies अगरेंos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bozinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuzes, y sobre todo el temeroso ruydo de los carros formavan todos juntos un Son tan confuso, y tan horrendo, que fuè menester, que Don Quixote se valièsse de todo su coraçon para sufrirle; pero el de Sancho vino à tierra, y diò con el desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas, y à gran priessa mandò, que le echassen agua en el rostro. Hizose assi, y el bolviò en su acuerdo à tiempo que yà un carro de las rechinantes ruedas llegava à aquel Puesto. Tiravanle quatro perezosos bueyes todos cubièrtos de paramentos negros: En cada cuerno trayan atada, y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el qual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la mesma niève, y tan luenga, que le passava de la cintura: Su vestidura era una ropa larga de negro bocazì, que por venir el carro lleno de infinitas luzes, se podia bien divisar, y discernir todo lo que en el venia. Guiavanle dos feos demonios vestidos del mesmo bocazì, con tan feos rostros, que Sancho avièndolos visto una vez, cerrò los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro à igualar al puesto, se levantò de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dixo: Yo soy el sabio Lirgandèò; y passò el carro adelante sin hablar mas palabra. Tras este passò otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el